



Meses intentando urdir una historia en la que poder localizar unos quienes que expresen, en diferido, con sus propias palabras y desde sus pensamientos forjados en mi mente, todo ese cúmulo de sensaciones, ideas, contradicciones, quimeras y desbarros que configuran el entramado de lo que una vez logrado a base de tanteos y dudas y zozobras

adquirirá el derecho a ser calificado de argumento, creíble o inaudito, consistente o fatuo. Meses en los que mi imaginación trató de asirse de figuras que, a través de gestos, palabras, situaciones que sus destinos les fuesen deparando, dieran forma y salida por medio de las digresiones que estuviera yo proyectando sobre ellas a la nebulosa que a veces complace y en no pocas ocasiones atormenta al alma dispersa siempre e indecisa entre lo válido y lo necio, lo inútil y lo encomiable.

En los últimos días, tras angustias que a riesgo de ser tachada de excesiva yo vivo del todo espeluznada y en las que me debato sin aliento ni fuerza entre el martirio del querer seguir intentándolo y el tormento de tirar definitivamente la toalla, di con la eventualidad extravagante de un mundo grotesco en el que los dioses viven supeditados a una irrealizable condición de mortales en tanto, los humanos, los efímeros seres de carne en vías de putrefacta y huesos deleznable, gozamos de todas las cualidades que a ellos en su verdadera realidad fantástica los elevaron por encima del bien en sus mezquindades y miserias y por encima del mal en sus grandezas.

No sé si voy a lograrlo o si mortales y dioses van a huir despavoridos de mis pobres patrañas pero sí sé, hasta ahora, que pese a todo no hago acopio de valor para desistir y que, hasta en sueños, les pergeño unas posibilidades que perturban mis noches que yo acuno al rumor de la radio y entre líneas que se obstinan en verse letra impresa en folios que, cuando a la mañana siguiente encuentro en blanco, me producen el terror de la sospecha de que no voy a conseguirlo jamás.

En el entretanto, en el entrelineas mientras pretendo creer que duermo sin perder la consciencia de que estoy más despierta de lo

que acierto a suponer y más dormida de lo que atino a imaginar, se infiltran en mi olvido retazos de voces, de entrevistas, de goles y de triunfos de cantantes de moda, de amores y perfidias, de accidentes mortales y fiestas glamurosas a que tan propicios se muestran sin darse tregua mutua el infortunio y la fortuna.

Y así, en el duermevela de la madrugada, se abrió paso hasta mi conocimiento — de alguna manera tengo que llamarlo — la noticia difusa de un accidente..., multimillonario..., vueltas de campana..., princesa..., gravedad..., cuatro de la mañana... Eran las seis y un ánimo de alerta se instaló en mis sentidos que a las siete se enteraron de que Diana de Gales había muerto.

Sé que abrí definitivamente los ojos y que por un buen rato, a la sombra de la claridad que se empezaba a filtrar por la persiana, pensé en la princesa que pudo ser de cuento — inaccesible e ignorada y narrada sólo mucho tiempo después mitificada como ocurrió con las princesas de siempre, ajenas y lejanas — si la voracidad insaciable de los medios de comunicación modernos no hubiera escalado su intimidad y su castillo para mostrarla al mundo entero acarreando sus errores y sus glorias, su encanto y sus fracasos, su vivir dorado y sus varios intentos de suicidio, sus devaneos amorosos y las subastas de los vestidos con que compareció en tantos saraos luciendo siempre su mirar sesgado.

Y, a las ocho de la mañana, cuando el diario hablado de las ocho repetía por segunda vez lo que sería repetido innumerables veces a lo largo del día y de muchos días, ahí estaba yo ataviada con una camiseta decorada con un gato con sombrero y gafas, bebiendo un café y sorprendiéndome — yo, que hace mucho me admiro y me recrimino de mi escasa propensión a conmoverme; yo, que me reconozco despiadada e inclemente y que siento desprecio por los enfermos de sida, por ejemplo, que argullo que cada cual es esclavo de su propia vida y de sus actos y que los riesgos adyacentes han de darse por asumidos con una dignidad cuya carencia me repugna; yo, que jamás doy limosna a mendigo ninguno porque aborrezco verlo con su mano tendida; yo, que ante el espectáculo de desastres y guerras digo qué más da una forma de morir u otra y que únicamente siento espanto cuando veo la crueldad centelleando en unos ojos cualesquiera o ante el daño intencional infligido en no importa quién

por otro alguien y con sus propias manos, que sólo me asusta el contacto agresivo de los cuerpos — de estar notando resbalar por mis mejillas dos ríos de lágrimas que no confesaré jamás a nadie.

Mañana, de regreso al trabajo y entre sorbo y sorbo de un café de máquina en vaso de plástico de esos que luego se tiran, perdida como tantas veces en el trasiego de opiniones que unas y otras intercambiarán hojeando los periódicos y bebiendo cafés de vasos idénticos, viviré perpleja al ser testigo de cómo ellas enjuiciarán la vida y la muerte de alguien a quien el común de los mortales no tuvimos más acceso que el que nos aproximó la prensa del corazón — esa prensa que hasta el último instante de su vida la persiguió, e incluso parece haber sido circunstancia de su muerte habida cuenta de que el accidente sobrevino en el intento de evitar los flases de una nube de periodistas — que cuanto aireó de ella no serían todo exclusivas concertadas y al buen precio a que se prestan tantos y tantas.

Mañana, cuando vuelva al trabajo, no contaré a nadie que hoy lloré por Diana ni expresaré mi opinión de que su fin habría tenido lugar posiblemente en el sitio exacto en que lo tuvo y, seguro que en el mismo instante pero, y sin duda, no mediatizado por las ambiciones de unos reporteros que, a fin de cuentas, vieron coronada su misión por el éxito, que qué mejor instantánea ni crónica más de primera plana que la destrucción en vivo y en directo de su presa a la que se aprestaron a fotografiar allí mismo, en caliente.

Enhorabuena a ellos, que bicocas así se dan muy raramente; podría estar diciendo “enhoramala” ya que se han quedado sin su gallina de los huevos de oro, pero el asco que estoy sintiendo esta mañana me impide regodearme en un “sensible pérdida, ¿verdad?, pues fastidiaros”.

Yo, por mi parte, sé que esta tarde, o mañana, o pasado, regresaré a mis mortales y a mis dioses y que muy pronto enjugaré mis lágrimas — ya las he enjugado, de hecho, que ya advertí que no soy muy sensible — porque me doy cuenta de que mi forma de sentir y mi incapacidad para resistirme triunfal a cada instante a un nuevo intento y vaya este o no a verse coronado por el éxito forman parte de mi naturaleza masoquista y, ya lo dije, despiadada.

Pero lo que sí te digo a ti, Diana, es que, entre líneas y sin que jamás tu persona ni tu nombre figuren en el argumento de mi historia, tú andarás pululando por entre mis personajes aunque lo que no voy todavía a garantizarte — en parte porque no me gusta mentir y en parte porque no tengo la menor idea de si van a salirme más lucidos los dioses o los mortales — es que vaya a colocarte... en mi cabeza... sólo en mi cabeza, que ya lo he dicho y eso te aseguro que va a misa, del lado de los ídolos mitificados y mortales o del de las deidades paganizadas e inmortales.

Te doy mi palabra también... ¿para qué querrás mi palabra cuando te van a dedicar tantas?... pero yo te la doy, de que nunca aunque yo llegara un día a ser escritora y mis obras se editaran daría a publicar estos folios que tú, así, espontáneamente y aun más allá de tu vida inspiraste; de que nunca jamás las utilizaría si el hacerlo me fuera a reportar beneficio material o inmaterial de índole alguna.

Lo que no puedo evitar a estas alturas, Diana, es que hayas sido la causa — y no quiero pasar por alto el pedirte perdón por ello y el darte las gracias — de que a lo largo de estos cuatro folios y media docena de renglones me haya yo ejercitado — en más o en menos, en poco en el mejor de los casos y conste que no por restarte méritos, que nada más lejos, sino porque la tarea de escribir es ardua — en un arte que, por darte una idea de que no es nada fácil te lo cuento, sólo por eso, me ha supuesto siete horas de trabajo cumplidas que admito son poco si se hubieran de considerar como simple homenaje pretencioso pero sí muchas si no se toma en cuenta el esmero que por estar a tu altura he aplicado.

Adiós, Diana. Suerte y un beso.

Y date con un canto en los dientes, aunque quedaría más fina si me lo callara, que no soy nada aficionada a alzar la vista por mirar a princesas.

Ah. Un día te critiqué, hace poco, pues hará dos semanas, que me pareció mal que teniendo a tu disposición un yate tan grande y tan bonito te dejaras retratar dándote abrazos pudiendo haber evitado comentarios lenguaraces.

Que seas feliz. Princesa.